

Señor, la carne tengo en tiranía  
y el alma en cautiverio;  
habla, y tu voz me sea como el día,  
que toda yo estoy negra de misterio.

Mi casa hierve en mí, y estoy tan llena  
de cantidad de vida en lo repuesto,  
que la interior florida me encadena  
y tiene un peso secular mi gesto.

A libertad me llamas y a soltura  
espiritual, por la radiante senda,  
y heme que estoy atada en la clausura  
inerte y especiosa de mi tienda.

¿Quién es éste, Señor, que en sí recoge  
todas mis energías?...  
El trigo echó raíces en mi troje,  
la maravilla aletargó mis días.

4

ESTROFAS VOTIVAS

¡PATRIAS montañas, fragor de la plaza,  
piedras de herencia y caminos de sueño,  
propicios sedles al que tiene el empeño  
de fulminar un canto de raza!

A la quietud de las luengas regiones,  
en el sopor secular adormecidas,  
bajaré yo, con las manos tendidas,  
a levantar los caídos pendones.

Son de campana en la enorme distancia,  
heraldo bravo a las luces del día,  
fatal dictamen a mi poesía,  
fermenta en mí la ancestral resonancia.

¡Y moriré como el Fénix de España,  
ebrio de fuego o fogoso de ira,  
con ambas manos hundiendo mi lira  
en un final resplandor de fazaña!

¡Gente bellaca de gesto muñeco,  
generación del Desastre infecunda  
que traes en andas a la moribunda,  
la frente baja y el párpado seco;

nietos mezquinos de Juana la Loca,  
que paseáis un cadáver, errante,  
sin dar al aire, en el épico instante,  
sino el viudo volar de la toca,

¡atrás!..., que llegan las nuevas legiones  
y hurtan el muerto a los siervos ingratos;  
atrás quedad, o los rostros pacatos  
os marcarán con los propios blandones!

¡Surja, en la noche, el potente alarido  
que junte en una las turbas dispersas!;  
¡paso al cortejo que barre, atrevido,  
polvo de luz, las estrellas adversas!

¡Y un puño aquí que aguante la espada  
al modo aquel proverbial entre hispanos!  
¡Y un gesto audaz, de unas bárbaras manos,  
que en ellas tomen la insignia sagrada!

¡No serviremos el pacto de muerte  
que nos injuria la frente, nacida  
a la vergüenza a la vez y a la vida!  
¡Manos vencidas no fijan la suerte!

¡En una inmensa discordia, volvamos  
al punto aquel de la heroica partida!;  
¡huérfanos, solos y pobres estamos  
ante la roja explosión de la vida!

Que para alguna epopeya sangrienta  
—¡parias al hambre, que forma esta Liga!—,  
alza sus puños la España mendiga  
en la esquizencia de la Europa opulenta.

¡Y está la Ley en el Foro Romano,  
común hogar de la gente latina,  
para volverse a encarnar, sibilina,  
pendiente acaso de un árbitro hispano!

La expectación del prodigio inminente  
quietos mantiene a los pueblos en pánico.  
¡Un gran desastre, un orgullo satánico:  
el brazo sea que mueva a mi gente!

Que, como ayer, en el mar violento,  
un Nuevo Mundo ideal se columbra:  
¡nietos del Cid, vuestro rastro sangriento  
marque el camino en la esquizencia penumbra!

¡En marcha, al triunfo, a la vida abundante,  
muertos-de-hambre de toda la Iberia;  
a hurtar del puño velloso, al Atlante  
las encendidas naranjas de Hesperia!

#### ENVÍO

Sobre tu cuna de tablas antiguas,  
que me serán sepultura si miento;  
hijo, nacido en las noches ambiguas  
de los desastres y del vencimiento,  
por estas fiebres que tú me apaciguas,  
te he de decir el fatal juramento.

“¡Tú, que te harás con tus manos tu suerte;  
tú, que ya recio te plantas, al verte  
bajo aquel arco triunfal de la plaza,  
maldíceme si llevo a la muerte  
sin entonar un canto de raza!”

#### EL BALCON DE LA ARMERIA

PALIDO, exiguo y la cabeza fina  
de bastardo de Rey entre sus manos  
mira el pilluelo-golfo los lejanos  
árboles que decoran la colina...

Flota en vapores la humedad del río,  
y está el Sol en las horas de la puesta;  
la cabezuela fina se recuesta,  
para ver más, en el repecho frío.

Y, gota a gota—mientras el sonoro  
trajín del día muere en la gran plaza—,  
él se deja embriagar de sangre y oro,  
las vendimias del Sol y de su raza...

#### INVOCACION A SANTA MARIA DE RONCESVALLES

TANTO aire de montaña respirado,  
tanto rumor de hayedo,  
tanto riente prado,  
medido al golpe de un andar tan quedo,  
y todo, al fin, se desvanecería  
sin recogerlo en ti, Señora mía.

Virgen del buen mirar condescendiente,  
que un guardián de corderos  
trajo, a darles virtud a estos oteros,  
la tarde aquella en que le habló una fuente;  
Señora de pastores y guerreros,  
Santa María,  
cerráranse tus ojos vivideros,  
y se trocara, hasta en sus picos fieros,  
toda la forma de esta serranía.